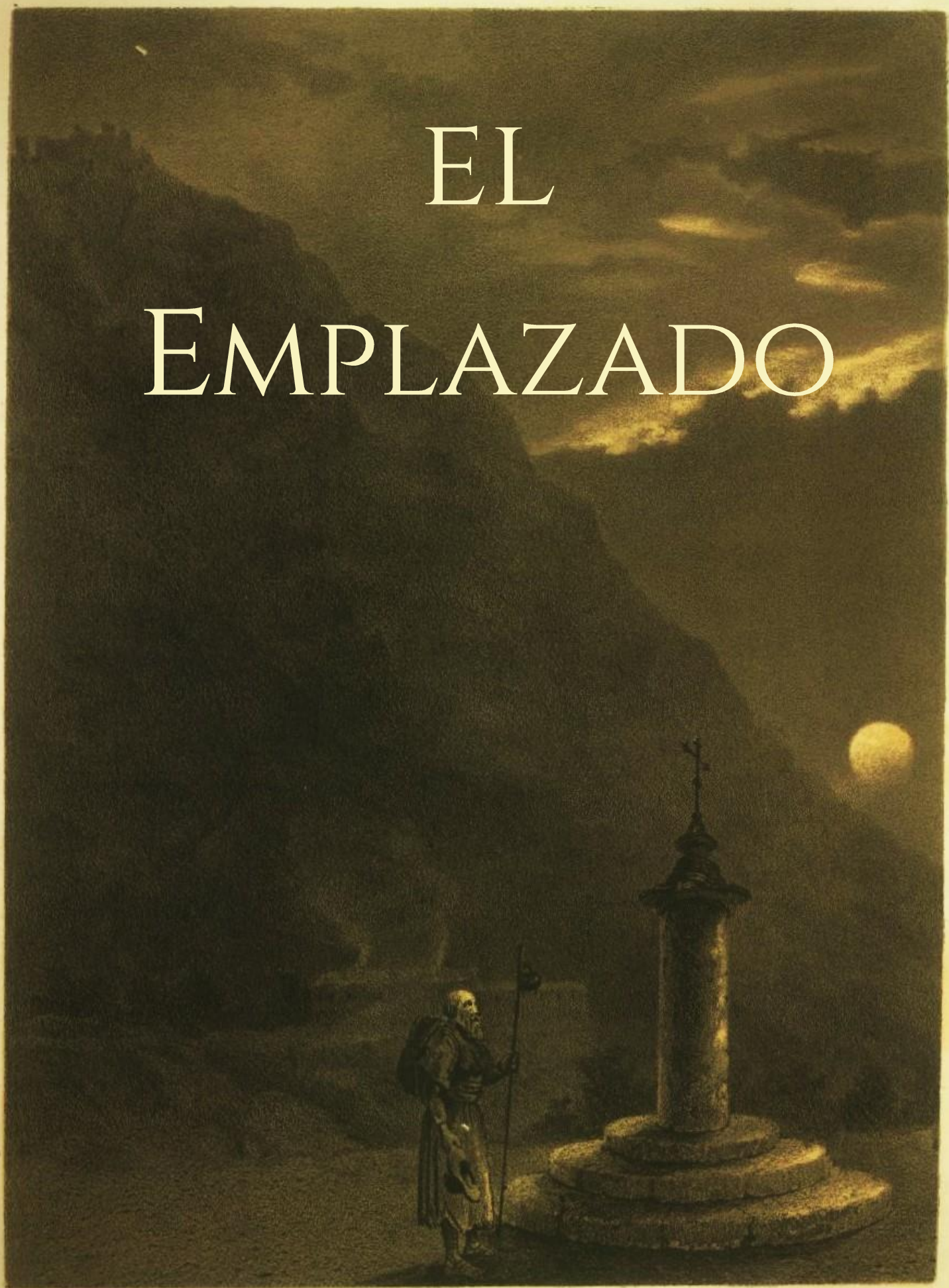


EL EMPLAZADO



Dib. del nat. y lit. por F. J. Parcerisa.

Lit. de J. Donat.

LA PEÑA DE MARTOS.
(desde la cruz del lloro.)

EL EMPLAZADO

Personajes por orden de importancia (del que más habla al que menos):

NARRADOR

ALFONSO DE CARVAJAL

REY FERNANDO

CONDE DON JUAN DE B.

PEDRO DE CARVAJAL

SOLDADO

ALFONSO, PEDRO Y CORO DE MUERTOS

Año del señor de 1312

de un siglo violento y cruel,

terrible para la historia, en él,

cuchillos y mazmorras

nacían de un aguacero de sangre

5

emborrachando a la vieja Europa

y con un caballo negro que galopa

comienza esta leyenda, ahora

la imaginación vuela y la memoria

abre la mortaja de los tiempos

10

desde las copas de las altas nubes

hasta la España de los cinco reinos

con sus banderas ensartadas

en los castillos y sus feudos,

brutales,

15

hambrientos....

*

¡Salve Dios al rey de Castilla!

¡Soberano justo! Mi buen señor!

Me dijeron que aquí le encontraría,

que marchó ayer de montería, 20

y sin detenerme vengo yo

de Sevilla, Guadalquivir arriba.

-En la sierra augusta de Cazorla

bajo los árboles moviéndose al viento

el Conde bajó presto de su caballo 25

de terciopelo tenebroso y ojos negros

donde el rayo de la ira duerme

soñando con los timbales de los truenos-

»Don Juan de Benavides! grato verle,

Habladme mi buen Privado, Valido mío 30

de lo que sobre mis reinos acontece.

-Dijo el Rey sobre su montura de cuero,
con la corona, los leones y las torres
doradas, bordadas en su manto.-

»Es justicia, mi señor, lo que yo reclamo 35

vuestro favor, mi humilde soberano,

su bendición para la venganza

que al cielo yo le pido en vano...

-Ladró la jauría, él rey levantó la mano,

chilló la presa, se quejó el caballo 40

negro como la noche al amo

y girando la cabeza

al sonido del corno lejano,

dijo en tono disgustado -

»Sé que la nobleza, amigo mío, 45

enemiga y burgo vil en mi casa es,

¡Griegos! ¡Nosotros troyanos!

Y la traición es su caballo...

¡Ah! ¡Desesperados!

Rabiosos perros 50

que quieren devorar al amo,

debería mandarlos colgar

o hacerlos esclavos.

¿Acertaría si respondo,

que al nombre de esa venganza, 55

le corresponde *Carvajal*

y son dos hermanos?

Justo andáis,-

dijo el conde-

con gesto airado-,

sabe Dios que de esos dos 60

nada es noble y esperado,

que esos bastardos,

no solo maquinan contra mí,

sino también contra mi soberano.

»Siervos míos son los Carvajal 65

al igual que tú, Don Juan...

¿Y no será, mi querido privado,

que ésta demanda que me haces

tenga que ver con tu hermano

que en justo duelo malogrado 70

halló su final por la mano

del mayor de los hermanos?

-Prosiguió el Rey Fernando-

Tengo veintisiete años,

y he visto veintisiete veces 75

mi corona y mis reinos temblar,

a pocos hombres puedo atenerme

y de pocos me puedo yo fiar

-caía ya la tarde

sobre el blanco lomo del animal- 80

y en fin, vasallos míos son.

Si a alguno de ellos te atreves a tachar

en la corte de Sevilla, frente a la nobleza,

de conjurado o criminal, se haría juicio...

-El conde calló 85

su mirada era un torrente rojo

desbocado e infernal.

Prosiguió el Rey

a Don Juan...-

»... Aun sin merecer clemencia mía, ni tribunal. 90

Sin traición clara no los puedo condenar

aunque la nobleza bastarda me sea desleal.

»¡No hace falta juicio

sino pasarlos a puñal!

-respondió el otro encendido- 95

mi espada sangre reclama

y es justo lo que digo,

y en pago por mis servicios

a su majestad arrodillado os pido,

este favor personal. 100

-Sobre un viejo nogal

un cuervo atento

al rey con sus ojos negros

no dejaba de mirar,

y el rey a don Juan lo hacía,

105

¿Qué perdía?

Pensaba Fernando,

ávido por traición y de traición

que ya en sus adentros anida

como una lombriz

110

en el cuerpo de un homicida...-

»Sea, mi fiel valido,

por tu hermano muerto,

y mi corona forjada de oro

a la que guardáis pleitesía.

115

Por mi espada de acero

y mi puño de hierro,

forjado de ciudades sometidas

y que si conjuráis os aplastaría.

Con la condición de que seáis vos

120

el que lleve acabo la cacería

-dijo sonriendo con malicia-

pues sois el que lo ansía.

Desenvainad el acero,

pero ha de ser cosa vuestra y no mía

125

y habréis de decir que nada sabía vuestro rey

pues son caballeros de Calatrava

y caería sobre mí la nobleza de Sevilla.

Y teneos por hombre libre de juicio

y de condena, que en el cielo juzga Dios

130

Mientras yo lo hago en Castilla.

-II-

Eran las diez

mientras se abatía

la luz purpura

como un rehén

sobre la noche de Martos

5

en el Reino de Jaén.

Dominaba un monte enorme el horizonte.

En la cumbre el castillo de la Orden de Calatrava

y a sus pies, el pueblo ceñido a una muralla.

Resplandecía cerca, la última joya musulmana.

10

Granada, que imponía los límites

a la conquista de la corona cristiana.

Y era el octavo mes, del calendario.

¡Se reflejarían las estrellas

de los cielos de Castilla en la sangre!

15

Era miércoles, tres...

En una taberna de mala saña

dos rufianes se aplicaban

a darse manotazos por las cartas,

el ventero saltando la madera

20

y la gente arremolinada

sin darse cuenta, que al final

en una mesa que la oscuridad velaba

un caballero envuelto en sus abismos

bebía sin beber y ardía

25

abrasado de venganza...

*

»Sí,

también una taberna de cuervos

y espantos es mi alma, y sola

y maldita para devorarse ella se basta, 30

se me retuerce como el cieno

En un pantano lleno de ojos

y diablos que murmuran palabras

entre sus rotos labios quemados

por el fuego frío de la cólera y la rabia. 35

Helada está mi alma!

y demasiado caliente mi espada

oculta bajo la negra capa.

Su filo ha firmado esta noche una alianza

con la muerte, y la sangre la reclama, 40

y se derramará sobre las verdes malvas.

Hoy el mayor de los bastardos

de mis enemigos verá el infierno

derrumbarse sobre su escudo y su casa,

para gloria nuestra caerá en desgracia 45

y muerto a los pies de quien os habla,

Diablo, demonio o Dios mismo si sois

el que escucha estas plegarias.

-Benavides se levantó raudo

de la mesa que la oscuridad amortajaba 50

trasladándose poco después

el sudario negro a un callejón

perdido entre la villa y la madrugada.

La puerta de la taberna se cerró de golpe,

las llamas de las velas danzaron empujadas 55

por el viento mientras su luz expulsaba

la sombra de los borrachos hacia las ventanas.

Ninguno de ellos prestó atención

solo un cuervo, desde fuera contemplaba

la salida de aquél hombre con su capa larga 60

de la posada hacia la calle, y de la calle

hacia la nebulosa carta imposible y estrellada

de la noche en calma.

*

No mucho más tarde,

la fortaleza en lo alto de la peña 65

hizo doblar entre rezos las campanas,

tañido que cayendo en un torrente

hacia el pueblo fue a envolver

a dos siluetas que se acercaban,

iban caminando deprisa 70

embozadas en el silencio

como una mancha.

Inquieta,

la luz de un candil

que al final de la calle 75

atravesaba una puerta,

sirvió de preludio para los ecos

de unas pisadas,

que venían deteniéndose

lentamente 80

para escuchar las otras, ligeras

que hacia él se encaminaban....

»¡Juan Alfonso de Carvajal!

¡Tú! ¡Caballero, usurero

de una orden de Canallas! 85

¡Vengo a saldar la deuda

de mi familia y a reclamar infamias!

¡A cobrarlas en sangre vengo!

¡Con la punta de mi espada!

Aquí no medra el rey 90

y no se le requiere en esta plaza,

es el acero el que ha de hablar

frío como la templanza

¡Y que de una vez acabe ya

esta condena mía eterna! ¡Tan larga...! 95

-El caballero que frente a él

esperaba

con su candil en alto

como un lucero de plata,

clavo la mirada

en Don Juan, con calma,

con unos ojos verdes,

brillantes,

semejantes a esmeraldas...-

»Debéis de ser vos, señor mío, 105

el Valido preferido del rey

y el bufón principal de la corte castellana,

neccio y engreído que viene con su ley

a espaldas de la justicia soberana

reclamando sangre de rencor 110

y con las sienes por el odio envenenadas

a buscar sin honor lides y venganzas.

Andaros con cuidado en lo que decís,

Benavides, no sea que esa capa larga

os sirva mañana para envidar a la muerte 115

sin la honra y condenada el alma.

-Vibró la hoja

atormentada

en la vaina de Don Juan...

Su mano

120

sobre la empuñadura

sus ojos

sobre los de Carvajal

mientras la luna aferrada

en su baranda creciente

125

como un cuchillo curvado

estaba en lo alto, delgada,

impasible, indiferente...

»Si yo maté a vuestro hermano

fue en duelo justo, siempre,

130

y no en pendencia privada.

nada tengo yo contra vos,

pero no temo vuestra espada

así que andad con Dios

e irros en paz y libre a casa,

135

que no es de ser cobarde

el retractarse uno de sus palabras

mas, es sabio, el no hacer alarde

del acero y de mente cauta

el buscar la retirada a tiempo, 140

antes de una muerte anunciada.

»Miserable sois, sí,

y ni vuestra lengua

ni vuestra calma

ha de salvaros 145

que ya está vuestra suerte echada,

-Don Juan desenvainó la espada-

y ahora elegid

que yo escoger os dejo,

entre la honra del duelo 150

como un caballero y un hombre,

o la huida, sí, como un cobarde,

¡Y si a esta última os atenéis

habréis de quitaros por vergüenza la vida

pues será vuestro nombre 155

el más infame de León y de Castilla!

-El candil suavizó las sombras

al moverse la llama en su lenta agonía

iluminando a dos estatuas

de mármol negro que por dentro hervía

160

como un volcán de millones de horas

de días en unos cuantos segundos.

El tiempo huyó un instante,

Después volvió con ira...

»No seré yo el más infame

165

de este reino, ni el cobarde

que paga con rabia

el ego de sus mentiras,

-su voz sonó grave,

como un nido de culebras

170

que se revolvía-

no es justicia y no es hazaña

matar a un hombre

que por un error

del que se arrepentirá

175

no volverá a ver el día

ni esta luna, ni el sol,

-dijo mirando hacia arriba,
y comenzó a caminar
dejando lentamente atrás 180
la cara de don Juan, inexpresiva,
como la laguna estigia del averno,
helada, y fría,
ni un solo movimiento de sus ojos,
ni una sola mota roja en sus mejillas, 185
solo el infierno, que por un momento,
creyó que de rabia se congelaría,
entonces estalló en su cuerpo
y arremetió contra Alfonso
mientras este rápidamente se volvía. 190

Al fin se cruzaron los hierros.
la luz cayó al suelo,
esbozando una danza macabra
sobre las puertas y los aleros.
Cerca, los miraba otro caballero 195
batirse hasta que uno de ellos
cayera muerto bajo las estrellas

acantonadas del cielo,
comenzó a acelerarse el ritmo
de las rápidas estocadas del duelo 200
mientras gemía de nuevo el cuervo
abriendo las puertas del abismo
antesala de un desierto eterno.

Don Juan fue herido por un rayo
caliente que atravesó su cuerpo 205
erguido, que se fue hundiendo
con su espada aun en suerte
quieta como el hielo
y mirando fijamente
a aquel a quien debía quitar de en medio 210

mientras caía al suelo,
como una columna de cenizas
que se esparcen para siempre
desgarradas por el viento.
Mirándolo fijamente 215
se le fue la vida,
con los labios abiertos

aun en la sonrisa macabra

de su ultimo pensamiento.

como un fuego fatuo

220

quieto en su rostro muerto.

-III-

Una sombra escondida

bajo el portal de un labrador

miraba la escena detenida

como una lunera ensoñación.

»¡Quien sois miserable!

-dijo Alfonso-

5

¡Que esta noche a muerto un traidor!

¡Que acabo de matar a un hombre

y no me importa ya quitarle la vida a dos!

- Bajo una agitada respiración

sonó trémula y cercana una voz-

10

»Conteneros hermano, que soy Pedro,

ahorraos ilustrarme la batalla

que ya sé del vencedor...

»Juan de Benavides yace aquí,

entre dos caminos, 15

el de la muerte

y el de la condena,

que es lo que ha elegido.

-Dijo Alfonso,

Pedro miró el cadáver 20

bajo el tenue lucir del remolino

de los astros.-

Ha confundido el honor,

con el rencor.

ha luchado contra sí mismo 25

devorándose por dentro

como si el odio fuera su sino

y se los ha llevado la parca

juntos, al odio y al valido

dejando tras de si esa sonrisa 30

de locura que ves en el rostro

augurando esa venganza

que aún no ha conseguido.

¡Maldita sea la envidia

que corrompe a su familia 35

cruzada en nuestro destino,

como un avispero de avaricia

que agita un odio mezquino!

No nos dejarán jamás tranquilos

hasta vernos muertos o caídos 40

en desgracia ante Castilla,

hasta ser los enemigos

que forjan las mentiras

que han de envenenar al rey

y hacer despiadada su justicia. 45

Y vámonos de aquí ya,

que nadie nos ha visto todavía

y venía él a matarme

según dijo, sin conocerlo nadie,

ni el mismo Fernando lo sabía.

50

Vámonos ya,

que esta calle parece estar vacía

pero está la muerte

y la muerte siempre en vigilia

agarra cuanto en sueños mira.

55

*

Andaba el Rey por tierras

a poco arrebatadas en conquista

al reino nazarí con su alhambra

sobre la miel de la sierra nevada,

preparando sus batidas

60

contras las huestes musulmanas

cuando llegaron dos emisarios

con rauda presteza contenida

a decirle donde se encontraba

su valido, que había aparecido

65

muerto hacia dos madrugadas.

El soberano entró en cólera

y maldijo a los emisarios

por tal funesta noticia.

brotándole de los ojos la ira

70

preguntó a los hombres

que se sabía,

dijeron ellos que nada,

que no hubo testigos,

que lo encontraron

75

por la mañana

cuando el gallo cantaba

y los labradores se iban.

Entonces gritó Fernando

con la voz incendiada de rabia

80

que prepararan los caballos,

que partirían al despuntar el alba,

que irían hacia Martos

para hacer cumplir la ley

que emanaba de su espada.

85

-Más tarde los hermanos

que nada se esperaban,

iban camino de Medina,

la que del Campo llaman,

a pertrecharse de arreos

90

para la labranza.

Sobre dos espléndidos caballos

hispanos montaban.

Jamás los volverían a acariciar

ni ellos a sentir el peso de sus amos,

95

nunca más.

En ese último galope en libertad,

al igual que en todos,

se irradiaba esa vengativa naturalidad

del segundo que fluye y va morirse

100

creyéndose invencible,

como el presente, inmortal.

El tiempo se les acaba,

van a entrar en la ciudad...

»Prendedlos; a mi señal, 105

esperad...

-dijo un soldado,-

¡Ahora!

¡Desenvainad!

¡Alto en nombre de Fernando! 110

¡Rey y señor nuestro!

¡Vosotros,

Pedro y Alfonso de Carvajal!

Os reclama su majestad

y desde Martos 115

os ordena acompañarme

que va a haber allí

un funeral, el de su leal Valido

y cuentas le debéis ambos,

asesinos, por conspirar 120

contra la corona real.

-No les dio tiempo a reaccionar,

los soldados empuñaron sus lanzas

y se fueron a posar en las gargantas

de los caballos y sus amos,

125

que quietos, se disponían a hablar,

Pero un golpe desde atrás

sobre la cabeza de Alfonso

certero nubló su mirar. Cayó.

Pedro se revolvió con furia

130

y fue a dar con sus huesos

en el fango sucio, preludio

del juicio de los hombres

y de su salvaje crueldad.

Fueron llevados al pueblo,

135

entre palos

y patadas, el caminar

rápido se hizo para unos

pero lento, muy lento

para ellos, que arrastrando

140

la esperanza de su alma

entre los cantos secos,

iban perdiéndola ligeros,

con el insulto

del sol brillante

145

sobre sus cabellos.

Gritando iban

también el nombre del rey

al que inocente creían,

él protegería su honor,

150

así saber se lo hacían

a los que alrededor los sometían.

¡Tristes los hermanos!

Nada imaginaban ellos

de las terribles cuitas del destino sangriento

155

que sobre la península corría.

-IV-

Los llevan a la muerte atados.

Los llevan a la muerte,

desconsolados.

Atraviesan pueblos que callan

al ver funesta, la triste comitiva

5

de los lanceros a caballo, en fila.

La gente con recelo los mira, aquí,

el hierro afilado, manchado con la sangre

roja de la aurora es el juez y él, a su vez es

de la mano sin clemencia que lo enfila.

10

Justo antes del alba llegaron a las puertas de Jaén,
hicieron noche en el camino y al siguiente amanecer
entraron en Martos, tristes sus corazones, descalzos los pies.

Hasta las mismas parcas huyeron pavorosas
por el juicio al que allí se les iba a someter 15

y viendo esto el Sol, hizo levantarse con él las almas
romas de los asesinados que tienen una eterna sed
y a caballo de los vientos se congregaron también.

La aurora de sangre invocó al azulado día
y el rey Fernando mandó reunir a sus validos 20
cuando vio las armas de los que venían.

Al reconocerlos se ensanchó su sonrisa
y su sombra macabra sobre los hermanos
que por el hambre al suelo se caían.

Desmontaron los caballeros, alzó a volar 25
una temprana bandada de cuervos
menos uno solo, que los mira.

Baja el rey de su caballo blanco
saca su espada y acercándola a la sien
de Pedro le raja de parte a parte la mejilla, 30
saltando un hilo de roja sangre

a la tierra como un ascua encendida,
Alfonso lo maldice y de una sacudida
un soldado lo devuelve al suelo
con una patada en la espalda al polvo 35
donde su esperanza ya rueda sometida.

Descubre el engaño de su rey
mientras recibe otra en las costillas,
pide la clemencia de su mano,
este la aparta con desprecio e ira. 40

Manda que los conduzcan al castillo
que se alza en lo alto de la colina.

Y allí
en el patio de armas
sobre una enorme silla 45
hace comenzar el juicio
como un magistrado de muerte
decidiendo sobre la vida.

Manda acomodar a su corte,
ata a los Carvajal a una pila, 50

hablando así a los presentes

y a las nubes extendidas...

»He aquí dos caballeros

de arrogancia altiva.

Heme aquí dos canallas 55

que con su ley me desafían,

asesinos despiadados, lobos,

enemigos del rey

y de sus territorios todos

que por divina gracia 60

concedieron las armas a Castilla.

Uno, sirviente de mi corte

el otro, un sucio labrador

los dos miembros de la orden

que estas murallas levantó 65

y ambos asesinos!

despiadados, que sin ley de su señor

atacan a su buen gobierno

matando a su servidor.

Y es que yo os acuso 70

ante la ley y la justicia

que me ha otorgado Dios,

de asesinar a mi Valido

don Juan de Benavides,

que en pos de su Rey 75

creía ver en uno de vosotros

un miserable traidor,

él, que me profesaba devoción,

que clemencia me pedía

para los dos hasta saber 80

si erais culpables o no.

Ahora yace muerto

y un funeral tendrá

cubierto de grandeza y honor.

En cuanto vosotros, bastardos, 85

os merecéis un castigo ejemplar

y este castillo de calatrava

ha de ser testigo soberano y final

de cómo los enemigos de su majestad

son sentenciados en juicio regio 90

a pagar por sus actos cobardes

cometidos contra el poder real.

A ambos, Pedro y Alfonso

de Carvajal, a muerte se os condena

y al caer el sol se os ajusticiará. 95

ahora podéis pedir clemencia,

hablad.

-Pedro, incrédulo

se enjuaga las lágrimas

y el sudor que le corre por las mejillas 100

y mira a su hermano, buscando

con la nobleza de un joven

que no entiende la sinrazón,

una esperanza que sabe perdida.

Y Alfonso triste y cansado se alza 105

y dice con una voz fuerte

que escucha y trasmite la peña

de Martos hacia las otras colinas...

»Mi humilde señor,

este que aquí se arrodilla 110

no pide compasión, sino justicia.

Que el corazón que late

en este pecho es libre,

porque libre está de ira.

Si la culpa que vuestro dedo acusa 115

y vuestra espada dicta

supiera que vino a matarme,

él, envenenado de mentiras,

quizás tampoco me salvaría así

de vuestra cólera infinita, 120

yo solo protegí mi vida,

como protegen los muertos

las almas de los que hacia ellos caminan.

Dijo que vos no lo sabíais

y arremetió contra mi espalda 125

con los demonios en la razón

y parcas que paren la venganza

y el odio, hacia mí, mi señor, se abalanzó

yo soy inocente

y aún más lo es mi hermano menor, 130

apiádese de él, que es leal,

que es vuestro servidor,

y si conmigo se va el odio

que esa maldita familia

siente hacia mi honor 135

de una vez quíteme la vida,

sólo a mí, qué me importa ya el dolor.

El primero, a duelo público me llevó,

el segundo entre las venas de la noche

oscuras fue a buscarme 140

a traición, y mi rey ahora,

por quien yo luché,

nos acusa de conspiración

siendo inocentes a los hombres

y aún más a los ojos de Dios. 145

-El rey estalló-

»¡Dios concedió a mi corona

el honor de llevarlo las hasta tierras

con las que don Pelayo jamás soñó!

Con el poder me dio justicia 150

y solo en su gracia divina me eligió

para ser tu Rey y juzgar a sus ojos

como su más alto servidor!

No me digas tú, cobarde,

asesino y conjurado 155

vasallo, que es el honor,

que el mismo honor corre por mis venas

y moriréis los dos!

»¡Corre como un nido de culebras!

-Alfonso gritó con alas en la voz - 160

Pues no existe la misericordia

ni la razón en vuestro interior,

salve al menos a Pedro

apiádense de él, por compasión.

-Dijo llorando, 165

temblándole el corazón.-

*

El silencio,

verdadero rey del universo;

ató al cielo y a la tierra

en un abrazo ahogado

170

que nadie se atrevió a romper.

Al fin Fernando IV

se encaminó hacia el castillo,

mandó reunir a los validos

y bajo un manjar de cerdos

175

bien dispuestos para ser servidos

acomodó a su funesta corte

y riendo bebieron,

deleitándose con las formas

de ajusticiar a los cautivos.

180

-V-

La tarde yacía extendida
sobre el lecho ocre del ocaso,
Júpiter lejano en el cielo raso
opuesto en el horizonte salía
atravesando la estola oscura
que el brillante astro
al alejarse iba dejando
sobre esta esfera que gira.

Los tristes hermanos atados seguían

a aquella pila de mármol 10

que en el centro del patio se erguía

cuando apareció el Rey Fernando

y tras él, el rumor de un carro que subía

a la fortaleza de la peña, con una celda

que tenía agujas afiladas y cuchillas 15

y así dijo el soberano a los presentes

y a la comitiva que le seguía...

»Encerrarlos raudos en la celda

que vamos a ver si saben suplicar

a su rey, por su vida, 20

confesando el crimen

para tener una muerte digna.

-Dijo riendo a sus validos

que sus planes ya sabían.-

Atadlos con cadenas 25

y llevar la jaula a lo alto de la peña,

al barranco bajo la torre,

que allí dará sentencia

mi tribunal a su osadía

-Los cercaron en la jaula fría 30

y los llevaron bajo las almenas

allí donde la fuerte pendiente

era más inclinada y sombría.

Allí la falsa clemencia inerte

de Fernando ladró mentiras, 35

mientras ellos sin creerle

con valor se preparaban

para la agónica muerte

que les arrojaba la tiranía

Ya está en el borde la jaula 40

ya les mueve el viento los cabellos,

el aire profundo que baja de la fragua

roja del horizonte los ciñe

con su caliente aliento.

Los hermanos aferrados al hierro, 45

alzados y con el pecho latiendo

respiran hondo por última vez

lo mantienen con caricias en su pecho

miran sin clemencia al rey

y es Pedro

50

quien le habla con la voz ardiendo...

» A ti, Fernando IV, soberano,

inmisericorde magistrado de tus reinos,

te emplazamos de aquí a treinta y un días

ante el tribunal augusto de los cielos.

55

y cuando de esa última noche caiga el velo

y la aurora sangrienta se derrame

ante las sombras con caballos de rojo fuego,

nosotros acudiremos, hacia tu lecho

a buscarte a ti, junto con todas las almas

60

de todos los diablos y de todos muertos,

por tus pecados, tu corazón y el crimen

brutal contra nosotros que estás cometiendo.

Te emplazamos en un mes a responder

por tus actos cobardes ante el mismo Dios

65

y su corte de almas emergidas de un abismo eterno

-a lo lejos alzó el vuelo un negrísimo cuervo-

¡A ti Fernando te maldecimos!

¡De rey pasarás a esclavo en los infiernos!

-así habló Pedro, y Alfonso dijo-

70

Muy pronto mi rey,

nos volveremos a encontrar,

muy pronto nos veremos...

Aunque a partir de ahora

estaremos como serpientes,

75

rondando por tus sueños...

-Y Fernando riendo

dio la orden,

y la celda rodó

colina abajo entre el silencio

80

de los Carvajal

y el de los presentes

que la escena atroz vieron

al atardecer del séptimo día

de agosto de mil y trescientos doce

85

sobre la peña de Martos

en los páramos ibéricos.

-VI-

Pasaron treinta soles

y veintinueve lunas

de un reinado

que se iba apagando

como una nube clara de agosto

5

ennegrecida ante el otoño

por el peso de su llanto,

que sucumbía.

En Jaén, lentamente agonizando

el sano Rey, ha pocos días

10

había ido enfermando,

su estómago corrompido

ya no aguantaba la comida

su alma envenenada

solo vomitaba pesadillas,

15

En su última noche vivo

de aquél hermoso día

de septiembre, tuvo una,

cuando se quedó dormido

y el astro despeñándose

20

desde el horizonte al abismo se caía...

*

Y sueña...

El rey esta tumbado

en un lecho más negro que la agonía,

solo ante la oscuridad, está solo,

25

no... Hay unos ojos, al fondo

de la habitación unos ojos

de serpiente lo iluminan,

el fuego que desprenden

es tal que ciega toda cordura, 30

unos ojos de serpiente negros,

imposibles, que refulgen

en una tenebrosidad maldita,

hacia él se va acercando,

va susurrando su nombre 35

aquella víbora erguida,

su cabeza se ha convertido ahora

en muchas, en todas y cada una

de los asesinados por él a sangre fría,

y se acerca, despacio, 40

susurrando, se acerca

susurrando mil gritos unidos

en un clamor incontrolable de ira,

les salen dientes de fieras sombrías

a las bocas que se aproximan, 45

y que ya lamen su cabello hundido

en una calavera

que suda horror y sueño

mientras se le acerca la muerte,

clamando él por despertar 50

de esa terrible orgia de ojos

que lo escrutan y lo miran.

Se despierta de repente

su sábana es una balsa

infestada de sangre regicida

55

que ha vomitado mientras dormía.

Vuelve a toser, cae más al lecho,

enrojeciendo aún más su mar de ruina,

escucha un aleteo furioso,

el de un cuervo, del Diablo emisario,

60

que tenebroso, con sus alas extendidas

en ávida sonrisa anuncia el fin del plazo,

mientras el Rey sus ojos hacia la ventana gira,

descubriendo atormentado

como se le viene el alba, la aurora,

65

con sus dedos que son los de la parca

en su alcoba, estallando cegadora,

ansiando sin piedad su vida,

porque ya le ha llegado la hora

Estos susurros no son soñados, 70

los oye, mientras, una niebla rojiza

se empieza a derramar por la ventana,

pareciera venir del mismo horizonte.

Se está mezclando con la pared

de la alcoba señorial de piedra fría, 75

se va derramando hacia el suelo

y hacia el techo en formas retorcidas,

acercándose al rey

que con su mirada desbocada

se aferra a las sábanas sangrientas. 80

De la bruma parecen surgir manos

que agarrar su alma ansían,

ahora su habitación es toda púrpura

como cien nubes heridas

sobre un volcán que escupe lava y ceniza, 85

su boca en una mueca de horror incontinida

ve acercarse a unos espectros que van en fila,

hacia él, son siluetas blancas como la cal viva

y todas giran hacia el rey una mirada sin pupilas,

es entonces cuando ve a los Carvajal 90

que van delante de la extraordinaria comitiva

y todos, señalándole le dicen,

en una sola voz, quieta, muerta, corrompida...

Hace un mes te emplazamos

a responder ante la justicia divina 95

y hemos venido a llevarnos

tu alma inmortal al tribunal

que juzga más allá de esta vida

-A lo lejos sonó un tremendo rayo

y Fernando gritó de horror 100

cuando la cohorte se le abalanzó

con los ojos secos y las bocas torcidas

mientras Pedro y Alfonso

irradiando el blanco de la luna llena

lo señalaban con sus dedos 105

y al rey se le escapaba su último aliento

y su mirada dejaba de moverse

y en piedra delirante se convertía.

*

Así murió el Rey,

cuando septiembre abrió los cielos

110

al azul pálido del séptimo día.

Años después la villa

construyó una columna

por donde pasan aun sin distraerse

las gentes peregrinas

115

observando su cruz en lo alto

que mira hacia las ruinas

y los muros de aquella fortaleza

derrotada por el tiempo

que todo lo conquista.

120

y entre ellos se la contaban

al pasar y verla, los aldeanos

los viejos y los locos,

unos a otros, en las noches

entre las candelas encendidas

125

aquella historia de Fernando IV

el Emplazado, los Carvajal

y la augusta peña de Martos

que el pueblo domina,

y así la dejamos,

130

sumida en sueños

de pasados tiempos

mientras vigila.

Contemplando la historia,

imponente

135

callada siempre,

y tranquila.